

LA TARDE

Año II

Lorca 4 de Junio de 1906

Núm. 277

Oído á la caja

Con objeto de dar á conocer al país los nombres de los señores concejales que llamándose representantes del pueblo contribuyen con su voto á que se haga de una manera anómala la distribución de fondos municipales mensual publicamos á continuación la lista de los mismos.

- D. Liberato Alberola.
- » Nicolás de los Ríos.
- » Eulogio Periago.
- » Francisco Carrasco Sánchez.
- » Francisco Carrasco Ruíz.
- » Jerónimo Arcas Sastre.
- » Antonio Cañizares Pastor.

De cuya rara, expresiva y especialísima forma de distribución, protestaron los concejales D. Manuel Millana Benítez, don Alfredo San-Martín López y el Sr. Vizconde de Huerta.

La alegría oficial

No es nada; un soldado muerto; puede el baile continuar

Con su prosa ramplona de pesadez abrumadora, la Gaceta, comunicaba en días pasados á los habitantes de esta católica y recalitrante monárquica nación, el fausto suceso de unas bodas reales; la citada publicación llevaba en sus columnas la alegría oficial á todas partes. España, la nación decadente entre los poderosos estados de la culta Europa; el pueblo infeliz, hambriento y agonizante; el país que acaba de perder los restos de su imperio colonial confesando su impotencia y rebajando visiblemente su importancia en el mundi concierto, se aprestaba á celebrar las bodas de su joven monarca, poniendo cara de gozo ante el imperioso mandato de la Gaceta; los festejos oficiales, habian de sembrar la alegría por todas partes; las músicas, las aclamaciones, las luminarias, habian de apagar los lamentos de los hambrientos y recrear su vista turbia por la excesiva debilidad; habia que dar tregua al dolor que produce la espantosa miseria que reina en el país, y poner el semblante de pascuas, adquiriendo, puesto que gratuitamente se ofrecía á todo el mundo, la cantidad de regocijo necesaria para alegrar nuestros corazones durante unos

días; pero he aquí que realizada la primera parte del programa; gastados un puñado de miles de duros en arcos de follaje, banderolas, flores y demás útiles necesarios á pesar de nuestra decadencia y ruina á pesar de nuestra pregonada miseria; en la calle el riquísimo cortejo que desmiente á gritos nuestra precaria situación, reunidos, apiñados en confuso montón poderosos y humildes, nobles y plebeyos, mendigos y magnates, burgueses y proletarios, ancianos y niños, todas las fuerzas vivas del país, una mano criminal impulsada por vesánico pensamiento hijo de una convicción tan arraigada y firme como absurda y disparatada nacida al calor de notorias injusticias, lanza en mal hora el odioso explosivo que siembra el espanto que enloquece, el terror que paraliza, la muerte cruel y despiadada, que corta feroz el hilo de multitud de existencias; y el orden se turba, la calma desaparece, la confusión más espantosa se produce entre aquella abigarrada muchedumbre, que grita, que exhala ayes de dolor y gemidos de angustia, que se estruja, se precipita y huye en todas direcciones; los regios desposados con la faz cadavérica y el dolor en la mirada antes radiante de felicidad, miran en torno; la riente decoración ha cambiado con

espantosa rapidez.... restos humanos cubren el suelo, cuerpos horriblemente mutilados, yacen inmóviles, otros agitanse entre agónicas convulsiones, la sangre dá la nota de color extendiéndose por la violácea superficie de la calle, salpicando rostros, objetos, paredes, manchando la inmaculada blancura del traje de la regia desposada que la frente inclina abrumada por el peso del dolor sobre el joven pecho de su esposo mostrando la refulgente diadema de reina que el amor ciñera á sus delicadas sienas... pero están ilesos, los respetó la muerte que á buscar fué pechos no menos inocentes que desgarrar, nobles, plebeyos, niños, ancianos... la lista es interminable, tristísima; en ella figuran soldados, jefes, oficiales; contra el invisible enemigo no pudieron luchar, en el cumplimiento del deber hallaron la muerte; cien hogares visten de luto, centenares de familias lloran la pérdida de los amados de su corazón, la desesperación más espantosa hace presa en el alma de la madre infeliz, del esposo amante, del padre desdichado y... ¿qué importa? ¿qué significan tales duelos, tan horribles quebrantos, lloros tan amargos ante la consideración que en su alta sabiduría hace el inapelable é infalible criterio del Gobierno, de que no conviene en manera alguna que los anarquistas nos crean aterrados? ¡Ah! tienen razón el Sr. Moret y sus ilustres colaboradores, catástrofe más ó menos, no puede, no debe turbar la alegría oficial.

Repiquen las campanas á gloria, suenen las músicas, ardan los fuegos artificiales, llevando á nuestros pechos la alegría sus resplandores de incendio; suenen vítores y alabanzas, despliéguense al viento banderas y colgaduras, brillen las luminarias... esa bomba arrojada en hora maldita por mano criminal, no fué más, vistos sus efectos, que un número inesperado en el programa de festejos; madres, esposas, huérfanos sin ventura, tregua al dolor, enjugad esas lágrimas, alegrad el semblante vestid vuestras mejores galas, os reclaman las fiestas que os brindan con encantadores atractivos; y puesto que la alegría oficial sigue im-

pávida llamando á nuestras puertas, abrámoslas, sí, abrámoslas de par en par...

¡Desdichado país!

LURBE.

A 33 céntimos kilo

Ese viene siendo el precio del pan desde hace mucho, pero mucho tiempo, en Lorca.

Hondas y perturbadoras crisis, á consecuencia de las cuales arrastran vida endémica y miserable nuestra agricultura, industria y comercio, de suyo pobres y raquíticos, elevaron los precios de los artículos de primera necesidad, se encareció la subsistencia hasta el punto de hacer imposible la vida, sobre todo, la vida del pobre.

Rebajáronse los derechos á las harinas, y el precio del pan continuó inalterable; ¿qué ganó el pueblo con la desaparición de tal impuesto? Nada; y sin embargo, esta supresión ha venido á menguar considerablemente la renta de consumos. ¿Quién obtuvo las importantes ganancias que perdió el municipio al desaparecer ese impuesto? Unica y exclusivamente los panaderos. Pero subió el precio del trigo y, para que nada perdieran en sus ganancias los industriales mencionados, subieron también el precio del pan, y siempre en escala ascendente, llegóse á vender el kilo de pan moreno común ó corriente á, ya lo hemos dicho treinta y tres céntimos kilo. Pues bien, empezó á descender el trigo en su precio ya hace algún tiempo, cada día fué más baja su tendencia, hoy hay una diferencia de muchos reales en fanega, comparado el precio actual con el que alcanzó cuando el kilo de pan subió á la cantidad que en la actualidad vale, y sin embargo, nuestros panaderos que tan delgado lo hilan y con tanta facilidad suben la tarifa, no ven llegado el momento de bajarla. Para subir hasta llegar al cielo, si es preciso, en toda ocasión y momento hállase la oportunidad; para bajar... ¿quién se acuerda de eso mientras haya quien coma, sea forzosa la venta, y tengamos autoridades que no paren mientes en asunto tan baladí?